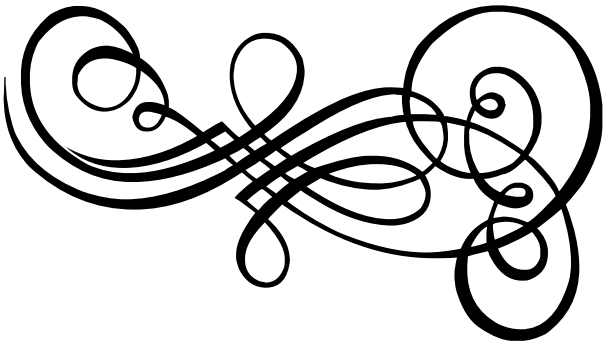
Los mejores cuentos pornográficos

Volumen I



PUNTO ROJO
libros

Los mejores cuentos pornográficos: Volumen I
Julio Iglesias

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788416611768
Maquetación y diseño:
© 2016 Julio Iglesias
© 2016 Punto Rojo Libros, de esta edición

Producción: Punto Rojo Libros.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Julio Iglesias

Los mejores cuentos PORNOGRÁFICOS

Volumen I

Índice

El Destino Cambiado 9
El Hada Rosabel 25
El Príncipe Valiente 41
El Caballero sin Título 51
El Príncipe, no Heredero 59
Justo Castigo 73
El Pastorcillo y su Perro 83
El Conde Huérfano 93
El Astuto Gato Hablador 105
Periquilla y su Muñeco 125
Doncella y Casadera 143
Helena y su Abuelito 159
El Conde Barba Roja 171
Blanca Rosa los Enanitos y su Madrastra 181
La Corona Real 203
El Príncipe con el Rostro de Lobo 221
El Flautista de Olivares 235
La Bella Durmiente y su Sortija 247
Presumida y Casadera 259
El Príncipe de Hierro 267
El Soberano que no Sabía Sonreír 279
La Cueva de los Ladrones 289

El Destino Cambiado

SEGÚN SE CUENTA EN ESTE CUENTO, en un lujoso Palacio, la Princesa Rosana, conocida por sus caprichos y mimos, que conseguía de sus padres los Condes de Peñafiel, altiva y orgullosa, conociendo el poder de su hermosura y riqueza, día a día crecía en su mal carácter con sus Doncellas, pero todo lo contrario con sus conocidos Príncipes, que sabía cómo conquistarles.

—Creo que la culpa de sus caprichos es nuestra, por habérselos consentido, querida esposa y Condesa —se encontraban despiertos, pero todavía ocupando el confortable lecho los dos.

—Es cierto, querido esposo —siseó la esposa y Condesa deslizando hombros abajo su reducido camisón de gasa—. Y, tenerlo presente, que mucha culpa tenéis, al permitirle en ocasiones ciertos caprichos, con sus conocidos Príncipes sin título alguno y árabes...

—Sí, lo reconozco, como que me vuelven loco de satisfacción todos vuestros excitantes encantos femeninos y, como no tenemos prisa por levantarnos, me quito mi camisón y, según responda de contento mi robusto pene, no dudaré un segundo en calentarte a conciencia tu hermoso y respingón culo de niña, desvergonzada Doncella y cortesana —aseguró su esposo y Conde y, bien alzado respondía su orgulloso pene, superando los veinte centímetros a su bien llevados 40 años los dos.

Sinceramente, sabía que no había sido el primer hombre, que se la follaba antes de casarse, pero sí el que le satisfacía ansiosamente por completo su excitadísimo y opulento sexo, pero tenía que reconocer que tenía una hermosísima verga superando los veinte centímetros y, dos caudalosos orgasmos le provocaba antes de expulsar su copioso semen dentro de su palpitante y empapada vagina, siempre abrazándole la espalda con sus preciosas piernas, su ardiente esposa y Doncella cortesana,

ahogando sus acostumbrados sollozos de placer morboso, se descubría que era mujer para más de un hombre superdotado a sus 40 años y, como necesitaba mucho más placer su tembloroso y cálido cuerpo, le animaba a su consentido esposo a conseguirlo.

—En este maravilloso momento, no protestaría que os decidierais a sodomizarme mi hermoso y respingón culo de niña, querido Enrique.

No lo dudo un segundo y, como esperanza tenía en conseguirlo, entre suspiros de placer y de dolor su ardiente esposa gozaba de una completa penetración, que según se iban moviendo profundamente, el dolor desaparecía y solo era placer lo que gozaba el atractivo y ardiente cuerpo de su esposa y Doncella cortesana, en su primer escalofriante y caudaloso orgasmo anal a sus 40 años, aun llenándole degenerado cabrón a su esposo, desplazando la cabeza fuera del lecho y, sus sexuales labios aceptaban degustarle al poco semen que brotaba del babeante y palpitante pene, dentro de su acaparadora boca, que sin esforzarse mucho conseguía provocarle este distinto éxtasis a su consentido y superdotado esposo y Conde y, sorbiendo las últimas gotas del oliente semen mezcladas con sus jugos orgásmicos, le pedía algo sofocada y nerviosa, que lo necesitaba todo dentro de la boca para sentirse completamente dichosa, este maravilloso día de primavera.

—Sí, iba a pedirte permiso, Leonor.

—En adelante, tienes concedido mi permiso, Enrique.

Encontrándose completamente satisfecha sexualmente la ardiente y alegre esposa, degustándole aquel poco semen mezclado con sus jugos orgásmicos y el otro sabor más oliente, tratando de encontrar una solución el esposo, le acompañaba la cabeza con ambas manos para impedirle retirarse, ilusionado por vaciarse por completo dentro de la habilidosa y viciosa boca de su morbosa y caprichosa esposa y Doncella cortesana. Y, al cabo de unos segundos de conseguirlo con éxito, expuso su idea:

—Debemos de dar con la solución, dentro de lo más razonable posible, ya que es joven y hermosa con solo 20 años, y si dejara de ser así, sería muy desgraciada el día de mañana, pues ningún Príncipe de los que la conocen, por su Belleza y riqueza, no la desearía hacer su esposa, me comprendéis alegre y querida esposa –aclaró lo mejor posible, como esposo y Conde.

—Sí, de tener algún proyecto, aseguraré vuestra decisión, querido esposo —aseguró ella, cautelosa y dándole las últimas chupadas y mamadas a su palpitante y robusto pene.

—Bien, escucharme con atención, querida esposa —se basan en la boca y, degustándose la saliva, añadió Enrique—. Pero, no debamos ignorar, lo que ocurriría de no salir bien mi idea...

Una vez, le explicó todo detalladamente, sin corregir una sola palabra Leonor, a la mañana siguiente iban a poner en acción el arriesgado y complicado plan, decididos a corregir los caprichos permitidos a su hermosa hija, que la conducían por un sendero equivocado. De un día para otro, algo cambiaba en el Palacio y, la Princesa parecía que lo adivinaba y se encontraba algo nerviosa, mientras le peinaba su bondadosa Doncella y prima Isabel, bien parecidas físicamente y viviendo en el Palacio, como sobrina que era.

—Procura peinarme bien, pues he de conocer a un gallarlo y apuesto Príncipe, esta misma noche —se lo recordaba, riendo caprichosa.

—No os preocupéis, prima y Princesa, sé cómo peinaros —le contestó Isabel pasiva, pero igualmente sonriendo.

No obstante, se le enredó el peine con los cabellos rubios de la joven Princesa y, sin apenas darse cuenta se los lastimaba, les dio un pequeño tirón, desatándoseles los nervios a Rosana, le llamó bruta estúpida a su prima Isabel, qué aun disculpándose, no se lo perdonaba Rosana, pidiéndole que desapareciera de su vista y, por su parte, quedaba despedida y la sustituiría por otra Doncella y, sin poder contenerse los nervios de orgullo, agregó que la sustituiría por otra Doncella, menos contestona y más inteligente. Naturalmente, acudió llorando a los brazos su tío Enrique y padre de Rosana, mientras le ofreció su pañuelo para que se secara las lágrimas y, prometiéndole su apoyo, le rodeaba con los brazos el cuello y le ofrecía un cariñoso beso en los labios, devolviéndoselo le sujetaba con ambas manos sus redonditas caderas y, le aseguraba que nunca abandonaría el Palacio y, no solo esto, sino que iba a ser ella la Princesa y su prima su Doncella.

—Perdonarme, tío Enrique —le ofrecía otro beso, algo más prolongado en los labios a su tío Enrique—. Pero de no explicármelo más claro, no entenderé una palabra...

—Lo hare, de prometerme hacer lo que os indique, aun siendo difícil de comprenderlo, Isabel —se lo proponía suavemente, como deslizando sus manos hasta acariciarle su redondito culito de niña a sus 19 años—. Pues, se trata de cambiar vuestro destino, por el de vuestra prima y Princesa...

—Lo prometo, pero no lo entiendo, apreciado tío Enrique —siseó cautelosa, dejándose conducir por las manos de su tío y Conde.

—Mejor, lo aclararemos en tu habitación y algo más aligerados de ropa, apreciada alegre sobrina —pasan dentro de la habitación, algo más decididos los dos para conocerse íntimamente.

Era cierto que le habían besado y chupado las hermosas tetas y los gordos pezones, más de un guapo muchacho, pero no como se las besaba y chupaba el sinvergüenza de su tío Enrique, en esta emocionante ocasión estaba consiguiendo que aumentaran los gordos pezones de tamaño, como tampoco le impedía a ella, que la calibrara su robusta polla superando los veinte centímetros con ambas manos y, deslizando sus labios hasta su vientre y ombligo, separando gradualmente sus precios piernas Isabel, se ofrecía caprichosa su tío Enrique, a chuparle y lamerle su excitadísimo y jugoso sexo con la lengua el máximo posible dentro de su palpitante vulva, respondiendo altiva y potente su verga en los treinta centímetros, llamándole desvergonzada Doncella cortesana, se volcaba como un poseído a follársela como hombre superdotado que era su tío Enrique, consiguiendo una total penetración y moviéndose profundamente los dos, a los pocos minutos caían en un caudaloso y satisfactorio éxtasis, voluntariamente aceptaba que expulsara el semen bien dentro de su empapada vagina Isabel.

—¡Oh, emocionada me encuentro, pero necesito degustaros el, poco semen mezclado con mis jugos orgásmicos, apreciado tío Enrique! —reconocía bien claro Isabel, sujetándole los gordos cojones.

—Me he comportado como un chiquillo a mis 40 años, apreciada sobrina, aun qué bien pensado, me encuentro decidido a calentaros el hermoso culo a conciencia y, continuando en los treinta centímetros mi robusta polla, en pocos segundos conseguiré clavártela hasta con cojones dentro, Isabel —ahogando un brutal sollozo, le hacía falta preguntarle si se sentía bien sodomizada a sus 19 años, perdiendo el conocimiento se volcaba con violencia a follársela por su hermoso y respingón culo.

—¡Oh, se me cierran los ojos, tío Enrique! —suspirabas suavemente Isabel, encontrándose gozando su escalofriante orgasmo anal.

—Sé que lo necesitabas, sobrina.

De nuevo, selo explicó lo suficiente alto y claro, para que lo pudiera entender y oír claramente y, aquella tarde, cuando la Princesa Rosana fue a hacerles compañía a sus padres en la siesta, les encontró con lágrimas en los ojos y preocupados, leyendo una carta sellada con el sello del Condado.

—¿Qué ocurre, porque estáis llorando, padres? —les preguntó Rosana, sin levantar la voz, ocupando asiento en el cómodo y amplio sofá.

—Querida hija, tenemos que daros una preocupante noticia —se adelantó su padre y Conde, hablando pausadamente, casi confundiendo las palabras y ofreciéndose un cariñoso beso en los labios.

—Explicaros más claramente, querido padre —le pidió Rosana, rodeándole el cuello con los brazos y devolviéndole el beso algo más sustancioso.

—Hemos sabido que este Palacio no es nuestro, ni tampoco nada de lo que estamos disfrutando, desde hace años, Rosana.

—¿Qué decís, padre? —exclamó alterada, Rosana.

—Lo que nos anuncia esta carta del Condado Castellano, retirándonos el título de Conde de Peñafiel, cómo la estancia en Palacio —anunció el padre, dentro de la mentira, abrasándose mucho más fuerte.

—Quién es el dueño de lo que creíamos nuestro, querido padre —quiso saber Rosana, ocupando sus rodillas para sentirse más protegida.

—Vuestra prima Isabel y Doncella, es la dueña y, nosotros tenemos que abandonar el Palacio, en un corto tiempo trasladándonos al viejo y casi ruinoso Palacio, que es el que nos pertenece —seguía mintiendo el padre.

—Entonces, ya no somos los más ricos del Condado de Peñafiel y, pasamos a ser casi los más pobres, siendo Isabel la sueña de todo, justo cuando la noche del día siguiente, llega el Príncipe que invitamos para conocernos —aseguró en tono apagado y sin orgullo Rosana, sin molestarle que aumentara de tamaño el robusto pene de su padre y Conde, que se lo apretaba al pronunciado hueco de su redondito culo da niña a sus 20 años.

—Yo hablare con Isabel, para que nos permita permanecer en Palacio, el suficiente tiempo que necesitareis para conoceros, siempre y cuando, os comportéis bondadosa con vuestra prima.

—Qué remedio me queda, querido padre —se iba moviendo, sentada sobre sus rosillas, de forma que se sintiera más satisfecho su culo.

—Recordar, en realidad, la Doncella no es Isabel, lo sois vos, Rosana —comprendía que necesitaba de sus caricias como de pequeña.

Con un gesto de cabeza, lo aceptaba y abandonaba el saloncito reservado de sus padres y, como sonámbula se presentaba en el establo del Palacio para acariciarle a su caballo árabe y, cuando le acariciaba con una mano, detrás de las oreja hasta el lomo relinchó agradeciéndoselo, algo que también se lo agradecía Rosana, besándole el hocico, así, acariciándole la barriga descubría como desenfundaba su polla y, convencida de que se lo permitiría una vez más, se atrevía a masturbarle suavemente hasta conseguir una abrumadora erección su robusta polla, relinchando de nuevo se lo agradecía y frotaba con el hocico sus hermosísimas tetas y los gordos pezones libres, por el pronunciado escote el vestido.

—No insistas, que no me encuentro con ánimos para exhibirme completamente desnuda para que me frote el gordo y oscuro capullo de tu enorme polla, suavemente por entre los desplegados y jugosos labios de mi excitadísimo y palpitante coño, amiguito árabe —le hablaba al caballo, que, moviendo la cabeza, no lo aceptaba y continuaba creciendo su polla.

—Perdonarme mi atrevimiento Princesa, pero de no haber quedado satisfecha jugando con la polla del caballo árabe, puedo aseguraros, que aun siendo inferíos mi robusta polla en los veinte centímetros a mis 40 años, atractivo y musculoso como lo es mi cuerpo, además de conseguir satisfaceos por completo, fallándoos vuestro excitadísimo y jugoso coño, de no conseguirlo por completo, experiencia como tengo como mozo del establo, emparejando al caballo árabe con las yeguas, no me sería difícil conseguir que gozarais algo más del gordo y oscuro capullo de su abrumadora polla —se bajaba los calzones, su única prende de ropa que llevaba el mozo árabe.

—Posiblemente sabéis, que se lo podría contar todo a mi padre, el Conde y a mi madre la Condesa, aun sabiendo que más de una visita os hace durante la semana por las noches —sonrió pasiva, en el momento de

exhibirse completamente desnuda—. Y, por qué no, descubrir primero si sabéis satisfacerle por completo a una Princesa, presumido señor Abusaban...

—Vamos se dejarnos de tontería y, de conseguir vuestros gorditos labios, que responde en los treinta centímetros, mi robusta polla bien alzada, podrás pregonar a los cuatro vientos, que ha conseguido dejarte satisfecha y posiblemente embarazada, la robusta verga del mozo del establo árabe y superdotado, desvergonzada Doncella sin todavía ser cortesana en los 20 años —sonrió con toda pasión Abusaban, en su máxima erección su verga superando los treinta centímetros y bien alzada.

Dejándose caer de espaldas sobre la paja y el suelo del establo, completamente desnudos los dos, separando sus preciosas piernas Rosana, estaba lo suficiente claro lo que deseaba que sucediera lo más pronto posible entre los dos y con la diferencia de años, la robusta polla árabe del mozo del establo, lo suficiente altiva para taladrarle en segundos su excitadísimo y jugoso sexo, colocando sus piernas sobre sus hombros Rosana, tocando fondo conseguían esta primera y satisfactoria penetración, mientras el resto de su polla se doblegaba fuera, que poco a poco y moviéndose acompasados fue absorbiendo del todo, la palpitante y jugosa vulva hasta conseguir gozar su caudaloso y satisfactorio orgasmo, exigiéndole más y más placer, consiguiendo otro caudaloso orgasmo, llamándole desvergonzada Doncella cortesana, sujetándole fuertemente por sus redonditas nalgas, expulsaba el semen de su copioso éxtasis dentro de su empapada vagina a presión, aún con el riesgo de dejarle embarazada a sus 20 años, el superdotado árabe y mozo del establo, de no ser el día de suerte de la Princesa Rosana, que balanceando su redondito culito de niña, le pedía que se lo sodomizara con violencia y azotándoselo hasta conseguir, que gozara su escalofriante orgasmo anal y, luego, sabría agradecérselo sus chupones labios, incluso le chuparía el hueco de su musculoso culo y, bien penetrada la lengua.

—Es bien cierto, que Doncella y cortesana, lo sois, Rosana.

—Sí, tanto como lo necesitáis, cabrón.

—No os pongáis nerviosa, que no cederé hasta clavaros los treinta centímetros dentro de vuestro culito de niña y, luego, dependerá del tiempo que tengas, para prepararle al caballo su polla, que los dos sabemos que

conseguirá penetrarle mucho más que el gordo y oscuro capullo dentro de tu excitadísimo y bien dilatado coño, Rosana.

—Prefiero no contestaros y, de momento, me conforme con lo que he gozado, señor Abusaban —aceptaba degustarle los olientes sabores dentro de la boca, sin olvidarse de llamarle sinvergüenza.

—Sí, estáis en vuestro derecho, Princesa —abandonaba el establo Rosana, exhibiéndose completamente desnuda como se encontraba.

Como conocía bien los pasillos ocultos y secretos del Palacio Rosana, a los pocos minutos se refugió en su dormitorio, dejándose caer de bruces sobre su confortable lecho sin taparte con la sábana su cálido cuerpo, a los pocos segundos unos labios besaban sus redonditas y desnudas nalgas. Nada hacía por impedírselo a los habilidosos labios, que reconocía como los del Oficial de la guardia, que descubriendo la puerta sin ajustar del dormitorio, había entrado como otras veces a calmarle su estado de depresión y, se decidía a deslizarle por el hueco de su culito de niña, su lengua hasta sentirla bien penetrada y, moviéndola en círculo cada vez más profunda, necesitó ahogar un largo suspiro y un sollozo para, que el Oficial comprendiera su necesidad de gozar algo mucho más gordo y largo, sodomizándole su hermoso culito de niña a sus 20 años.

—Mi cariño, ha sabido satisfacerte el cabrón del mozo árabe del establo, o bien, lo ha conseguido la abrumadora polla del caballo, Princesa.

—Ninguno de los dos lo consiguió, como lo consigue vuestra robusta y creciente polla en los treinta centímetros y, por supuesto, vuestros habilidosos labios y feroz lengua, con el consentimiento de mi buena madre, cumpliendo los 10 años, apreciado señor Mateo —se lo hacía saber, ofreciéndole un cariñoso y prolongado beso en la boca, como amantes que eran, a escondidas de su padre y Conde.

A continuación, le bajaba los pantalones y los calzones al señor Mateo, saltando al exterior su robusta polla superando los treinta centímetros, mucho más gorda que la del mozo árabe del establo, sujetándole sus manos por sus redonditas nalgas, con violencia conseguía una satisfactoria penetración, así mismo, acariciándole sus hermosas tetas y gordos pezones, a los pocos segundos, conseguía que gozara su caudaloso y satisfactorio orgasmo Rosana, ahogando sus bien conocidos sollozos de morbo, sabía que todavía necesitaba sentirse más tranquilizada sexualmente a sus 20 años el

señor Mateo; así pues, necesitó emplearse a fondo todo cuento podía responder como hombre superdotado a sus 40 años, otro caudaloso orgasmo conseguía y, expulsando el semen de su copioso éxtasis a presión dentro de su empapada y palpitante vagina, culminaba este otro mucho más caudaloso y satisfactorio orgasmo, siempre aceptando que le besara satisfactoriamente en la boca.

—¡Oh, cada día lo necesito más dentro de mi excitadísimo coño y, por que, no os decidís a sodomizarme mi hermoso culo de niña bien dilatado, como jamás lo consiguió la robusta polla del cabrón del mozo árabe del establo, apreciado señor Mateo! —lograba articular Rosana, lleno de temblores su cálido cuerpo.

—Sí, Doncella y cortesana lo eres, como lo es tu alegre y buena madre y, hablaré con el mozo del establo, de la posibilidad de que gocéis de la doble penetración, una de estas noches las dos, Rosana.

—Sé que bromeáis, pero decidida me encuentro, cabrón —ansiosamente le degustaba el poco semen dentro de la boca.

—Bien, la próxima no che, lo intentaremos, Doncella y cortesana, pero de desearlo puedo ofreceros algo más dentro de la boca.

—Sí, iba a pedíroslo, sinvergüenza.

Faltaban poco para la presentación, de aquella primera visita del Príncipe Carlos en el Condado de Peñafiel y, se peinaban la una a la otra, pero no era lo mismo, pues Rosana era la que se comportaba como Doncella e Isabel como la Princesa, fingiéndolo todo como se lo propuso su tío Enrique.

—Cuida de no maltratar mis cabellos, Rosana —le pedía alzando la voz.

—Sí, lo procuraré, Isabel —su voz era apagada y cautelosa.

—Me acompañaréis al jardín —seguía fingiendo Isabel—. Ya qué se le ha hecho saber el Príncipe Carlos, que somos primas y, naturalmente como es cierto, nos aguardara a las dos, Rosana.

El apuesto y gallardo Príncipe Carlos, ante dos encantadoras bellezas y primero, besó la mano a Isabel y, luego, igual de amable a Rosana, siempre demostrando el mismo cariño por las dos.

—Mucho me habían hablado de vuestra belleza, Princesa, pero, nadie de que vuestra prima, era igual de hermosa, Isabel.

—Sois todo un Príncipe, Carlos —reconocía Isabel.

—Siempre dispuesto a haceros felices a las dos.

—Nos hacéis enrojar, Príncipe Carlos —agrego Rosana.

—La dos tenéis el don de ser Amadas, Princesas.

Según fueron conversando, el Príncipe Carlos, se interesaba más por Isabel, ya que nada sospechaba de su destino cambiado y, como el pronunciado escote del vestido era mucho más generoso que el de Rosana, le desnudaba sus hermosísimas tetas hasta los amplios pezones, sin apenas inclinarse, todavía se emocionaba más hablando con Isabel, que con Rosana y; ella, dándose cuenta se retiraba poco a poco, con la excusa de necesitar acudir al cuarto de baño, pero la realidad era, que necesitaba refugiarse en los brazos de sus padres, apenada y confusa, como se lo mostraba también su buena madre, abrazándose más fuerte las dos.

—El Príncipe es el más guapo y conquistador, que nunca he conocido, y es a Isabel a la que desea ofrecerle su cariño, según pude darme cuenta presentándonos —se lo hacía saber a su madre continuando abrazas, llenas de emociones tristes la dos, sus ojos llenos de lágrimas.

—Son cosas del destino y, como muy bien sabemos los tres, es algo que, por capricho, no se puede cambiar, Rosana —replicó el padre y Conde, escapándosele una risita tibia de astucia.

—Entonces, que el Cielo lo decida por nosotras, queridos padres —seguían igualmente sus ojos llenos de lágrimas.

Al día siguiente, las dos primas iban a salir, a dar un paseo a caballo y acompañándolas el Príncipe Carlos, con un desprecio improvisto Isabel, le pidió a Rosana, que les permitiera dar el paseo a ellos dos solos, quedándose ella en Palacio, haciéndole compañía a su madre y Condesa, por sí precisaba de sus servicios como Doncella.

—Debéis de comprenderlo, Rosana —le susurró al oído Isabel—. El Príncipe Carlos me prefiere a mí, al ser la dueña de todo...

Lo había dicho lo suficiente alto, pera que lo pudiera oír perfectamente el gallardo y guapo Príncipe Carlos. Así pues, paseando a caballo, hablando

de Rosana, encontrándose interesado el Príncipe, por saber algo más de su prima, descabalgando en el prado bajo un árbol los dos, extendieron la manta para ocuparla y siguiendo conversando con relación a Rosana, sin saber el motivo se ofrecían un prolongado beso en los labio y, como se olvidaron de Rosana, cambiando de posición los dos, como deseaban hacer las cosas bien, se desnudaron por completo sobre la manta y la maleza verde y, no le hizo falta indicarle como debía de colocarse para dispones de un sexo sus labios y la lengua hasta provocarse su primero y caudaloso éxtasis los dos, degustándose sus jugos orgásmicos el morbo les emborrachaba y, sin esforzarse mucho el Príncipe Carlos, su robusta polla en los veinte centímetros, conseguía una completa penetración; así, moviéndose acompasadamente se la follaba sin límites, como se lo reclamada Isabel, entre sollozos de placer bien conocidos por un hombre, le anunciaba, que necesitaba el semen de su copioso éxtasis buen dentro de su excitadísimo y jugoso sexo, aún con el riesgo de conseguir un embarazo a sus 19 años, besándose largamente en los labios y amasándole sus hermosísimas tetas y amplios pezones, transmitiéndose su placer morboso y erótico, gozaban de nuevo su caudaloso y satisfactorio éxtasis, que emocionados por haberse conocido sin límites, se encontraban en el paraíso sexual los dos.

—Sí, lo reconozco, me he comportado como una vulgar Doncella y cortesana, pero necesitaba conocernos así, Príncipe Carlos.

—Sois irresistible y, es así como necesitaba conocer la Princesa, antes de llevarle al altar, pues de no conseguir un embarazo, rompemos nuestras relaciones, Isabel —aceptaba degustarle el copo semen mezclado con sus jugos orgásmicos dentro de la boca.

—Posiblemente, podía ser cierto, pero como sé lo que sucedería, mucho mejor que no sea cierto, Príncipe Carlos —le chupaba uno a uno, los gordos testículos dentro de la boca.

—Podríamos hablar más en serio, Isabel —le sujetaba la cabeza.

—Sí, podemos hacerlo, Carlos.

En pocas palabras, pero sosegada, trato de explicarle la vedad, con respeto a su destino cambiado por el de Rosana, prometiéndole ayudarle en todo para conseguir al Amor de su prima. Al atardecer, se encontraban en Palacio y, comunicándoles el Oficial donde se encontraba Rosana, se acercaron al jardín y, sentada en un banco se encontraba, no se movió hasta

acerarse a ellos los dos y, necesitó secarse las lágrimas de sus preciosos ojos de color esmeralda, al mismo tiempo que el gallardo Príncipe Carlos, ocupaba un sitio a su lado en el banco.

—Perdonarme, sí, interrumpo vuestros ocultos pensamientos, Rosana —anunció el Príncipe Carlos así, amablemente y pendiente de las lágrimas, que seguían apareciendo en sus brillantes ojos, color esmeralda.

—No es así, Príncipe Carlos —suspiró cautelosa Rosana, como si necesitara abandonar a toda prisa el asiento.

—No abandonéis el asiento, ya que deseo haceros compañía y, conversar de lo sucedido esta tarde, con vuestra alegre prima —le pidió él, convencido de que la convencería, a seguir conversando.

—Ella es la dueña se todo, es la auténtica Princesa —siseó levemente Rosana—. Pero, me conformo de corazón, con que me permita vivir junto a mis padres en Palacio...

—No me importa y, desearía que esta noche y junto a vuestra prima, estuvieses presente en el baile de presentación, Rosana.

—Qué interés habéis descubierto por mi persona, Príncipe Carlos —quiso saber Rosana, con algo más de alegría su bonito rostro.

—Bueno, quiero ser algo más que amigo de las dos, Rosana.

En este momento, hizo su presencia Isabel, sonriendo y ocultando la realidad de su destino cambiado, por el de Rosana, a petición de los Señores Condes, siendo ella la verdadera Doncella en el Palacio, anunciándole que trataba de apartarla de sus pensamientos, hacía el Príncipe Carlos, nada risueños sus gorditos labios.

—Perdonarme, me retiraba, prima Isabel.

Se fue corriendo hasta su dormitorio y se dejó caer de bruces sobre el lecho, rompiendo a lloras a caudales, algo que no recordaba que lo hiciera desde muy pequeña, al momento notó como las manos y los labios de su buena y consentida madre, le acariciaba desde la espalda hasta terminar acariciándole su redondito culo de niña, y entre sollozos morbosos de placer, no le molestaba que le humeada el pronunciado hueco de su bien formado culo, incluso que deslizara un poco la lengua dentro; ella, le hacía saber al mismo tiempo, que estaba arrepentida de todo.

—Sí, me siento culpable de todo y, cuanto antes abandonemos el Palacio, mejor me encontrare, querida consentida y buena madre —se lo comunicaba arrepentida, acompañándole la cabeza suavemente a su madre con ambas manos.

—No os impacientéis, pues esta noche tenéis que acompañar a vuestra prima Isabel al baile, como me ha pedido el Príncipe Carlos, que os lo recordara, Rosana —le iba profundizando un poco más la lengua dentro del orificio, de su bien dilatado culo y, ahogando algo más sofocada sollozos de placer morbosos, se decidía su buena madre a penetrarle toda la lengua bien dentro de su culo y, provocándole su escalofriante orgasmo anal, no el único que le había provocado desde bien niña.

—¡Oh, sois la madre más buena y consentida del mundo, aunque deberéis perdonarme una vez más, por acompañaros la cabeza! —reconocía algo cohibida Rosana.

La buena y consentida madre, fue la que, en esta complicada situación, la peinaba con el mayor cuidado, tan cambiada que no parecía la misma por su sencillez y bondad en sus alegres ojos color verde esmeralda y, era cierto, que era una Princesa preciosa, como se lo hizo saber su madre y Condesa.

—¡Estáis preciosa, Rosana!

—Os quiero tanto, madre.

Se acercaron hasta el Gran Salón, en el que se proclamaba la fiesta en Palacio, con la enorme sorpresa de encontrarse completo con las familias de la más alta nobleza, esperándole a ella para que se iniciara el baile.

—Os esperábamos y, encontrándote tan hermosa, desearía que abrierais el baile, con uno de los asistentes o familia, Rosana.

—Haré lo que me pidáis, encantadora Isabel —le devolvía el cumplido.

El gallardo Príncipe Carlos, se adelantó al resto de Caballeros a ofrecerle su brazo a la hermosa Rosana para iniciar el baile, convencido de compartir su corazón con el de ella, conociendo el destino cambiado, lo sabía guardar de momento, como Príncipe y hombre de palabra.

—Sois la más bella de cuantas Damas he conocido y, deseo abrir el baile, para pediros en compromiso, Rosana.

—¡No es cierto, estoy soñando, Príncipe Carlos! —exclamo emocionada.

—No estáis soñando, Rosana —agregó Isabel.

—Entonces, no es cierto que mi destino esta cambiado y, siempre he sido la dueña de todo, como Princesa y Condesa, prima Isabel —replicó así, lo suficiente bajito para que nadie más lo pudiera oír.

Sin llamar la atención de los invitados, el gallardo Príncipe Carlos y Rosana, abrieron el baile al compás de la orquesta y seguidos por el resto de parejas, en su mayoría casadas. En el banquete, Rosana por boca de sus padres los Condes de Peñafiel, supo la verdad y, dándoles las gracias, no se olvidó de dáselas también, a su bondadosa Doncella y prima Isabel.

Y, se cuenta en este cuento, que Carlos y Rosana, al casarse y fueron aclamados por todos los invitados del Condado, que no fueron pocos, al ser tan generoso el corazón los dos enamorados Príncipes.

—No tenéis que contarme algo esta noche, con relación al atractivo Oficial, o bien, de no equivocarme, con el musculoso mozo del establo, desvergonzada Rosana —le retiraba el camisón hombros abajo.

—Sí, pero poco más, de lo que os he contado, querido esposo —le calibraba su robusta polla con los labios y lengua, bien dentro de su boca.

Sin pronunciar una sola palabra más ninguno de los dos, exhibiéndose completamente desnudos sobre el confortable lecho, por extraño que pareciera se Amaban locamente como la primera noche de novios, sin límites hasta conseguir su caudaloso éxtasis los dos, abrazados y besándose en la boca ansiosamente, el uno dentro del otro, acariciándole sus respingonas nalgas con ambas manos Carlos como hombre superdotado, fueron las manos de Rosana las que le conducía su palpitante polla a apretársela al orificio de su hermoso culo, ahogando sollozos se placer y de morbo, bien sodomizada por ella misma, le demostraba al Príncipe, lo Doncella y cortesana que se sentía follándose por el culo ella misma hasta provocarse el escalofriante orgasmo anal, que aceptándolo se cuidaba de que expulsara el semen de su copioso éxtasis dentro de su habilidosa y viciosa boca, sujetándole los gordos testículos le impedía retirarse y, comprendiendo Carlos lo que necesitaba, obediente se iba vaciando por completo dentro de su boca y, luego, relamiéndose los gorditos labios caprichosa, necesitó llamarle algo más que degenerado cabrón, ofreciéndole a chuparle y lamerle los jugos orgásmicos mezclados con su abundante semen, que ansiosamente ciego de morbo le obedecía Carlos como hombre.

—Sí, sabéis que lo necesito, día a día, Rosana.

—Entonces, después de provocarme otro caudaloso orgasmo vuestros labios y lengua, me vaciaré por completo también dentro de vuestra acaparadora boca, Carlos.

—Estaba en ello, Doncella y cortesana.

Pasando algunos años más, Isabel, no lo fue difícil conocer a un apuesto Caballeo, con el título de Marqués, encontrando la felicidad que toda Dama hermosa se merece, aun siendo Doncella y cortesana.

Sencillamente, que conservó toda su Belleza hasta llegar a su vejez Isabel, pero aun fue mucho más Bella la hija de ambos Príncipes, que por cada poro de su piel declaraba su Amor y bondad, que así mismo, heredó de su padre el título de Marquesa. Y, nada puedo contaros del Príncipe Carlos y la Princesa Rosana, que siguieron el ejemplo de Isabel y, hasta llegaron a Amarse compartiéndose las dos esposas, alguna que otra noche.

No lo olvidéis nunca, lectores de mis cuentos llenos de fantasías pornográficas, nos pueden ayudar a dormir mucho más alegres y, sobre todo, bien abrazados a muestra esposa o a nuestra caprichosa amante.

—He pensado, que esta noche, encontrándome alterada y caliente, podríamos hacerle una visita al Oficial, Carlos.

—Dándonos carta blanca los dos, mejor cada uno, visita esta noche la habitación, que más placer pueda obtener de la persona, que ocupara el lecho exhibiéndose completamente desnuda, Rosana.

—Entonces, le daréis recuerdos a mi desvergonzada y cortesana madre.

—En ello me encontraba, querida esposa.

Colorín Colorado este Cuento ha Terminado

El Hada Rosabel

ÉRASE UNA VEZ, que, en un Castillo de un cálido pueblo de Europa, nació una niña, hija de los Reyes, que decidieron invitar al bautizo al Hada Rosabel y rogarle ser la Madrina de la niña y, le concediera varios dones, como que siempre fuese hermosa y, sobre todo bondadosa con todos, aquellos que la reconocieran como Princesa del Reino.

—Sí, como que ser feliz, en toda su larga vida —se encontraban de espaldas, sobre el confortable lecho, exhibiéndose completamente desnudos los tres, la niña durmiendo echada sobre el pecho y vientre de su padre el Rey, acariciándole la espalda la madre y Reina—. Pero, ante todo, obediente y cariñosa como deseo comportarme, gozando lo más prohibido nuestro Amor, Guillomo...

Al patalear las piernas de la niña, estos golpecitos sobre la polla y testículos del padre y Rey, le hacían su efecto sin desearlo, efecto que aprovechaban los habilidosos labios y la lengua de la madre y Reina y, consiguiendo su máxima erección y visibles los veinte centímetros, apartando la niña a un lado del amplio lecho y protegida por la almohada, se apresuraba la Reyna a acompañarle la palpitante polla a su esposo, a deslizarla por los desplegados y jugosos labios de su sexo; así, moviéndose siempre firmemente la Reina, follándoselo sin descanso a su esposo, se provocaba ellas misma, dos caudalosos orgasmos seguidos y satisfactorios, expulsando el semen de su copioso éxtasis bien dentro de su palpitante y empapada vagina de su morbosa y alegre esposa, ahogando sollozos de inconfundible placer, le pedía que no se olvidara de calentarle a conciencia su hermoso y respingón culo de Doncella y cortesana.

—Sí, lo tenía en la mente, Isabel.

—Entonces, procurar clavármela hasta los cojones bien dentro, sinvergüenza —cambiaban de posición los dos y, consiguiendo una

completa sodomización, con toda su potencia de hombre superdotado, pero, rompiendo a llorar la niña, lo de follársela por el culo a su esposa, muy a pasar de los dos, lo dejaron para lo noche de este mismo día.

—Sí, mucho mejor y, recuérdame que necesitas que te la clave hasta los cojones, desvergonzada Doncella y cortesana.

Los hidalgos dieron a conocer por todo el cálido Reino y pueblos y aldeas, el nacimiento de la hija de los Reyes al Hada Rosabel, oído con agrado por unos, y no tanto por otros, ya que no llueve nunca al gusto de todos, aun siendo los Reyes los padres de la preciosa niña. Entre los oyentes a los hidalgos, se encontraba un humilde campesino, que también su esposa, había traído al Reino a un hermoso niño.

—Es bien cierto, ninguna Hada otorgara dones a mi niño, por el solo motivo, de no ser hijo de un Rey —mentalizaba el campesino, algo preocupado por lo pobre, que podría ser toda su vida su hijo.

Al campesino, no le desaparecía de la mente lo que había oído a los hidalgos, y acabó contándoselo todo a su buena esposa, mientras contemplaba a su niño dándole de mamar con solo la reducida combinación de tirantes y, sus dos hermosísimas teta bien desnudas y, luego, a contándole en la cuna que su esposo había construido, inclinada como se encontraba, le desnudaba por completo su voluptuoso culo la reducida combinación y, más abajo podía descubrir el esposo, lo excitadísimo y jugoso que se encontraba su sexo, no le molestaba que deslizara los dedos por los desplegados y jugosos labios de su palpitante vulva, masturbándole suavemente, lograba provocarle un caudaloso y satisfactorio orgasmo, incluso le penetraba todos los dedos bien dentro de su empapada vagina y, preguntándole si se sentía satisfecha, balanceando su voluptuoso culo lo decía todo su esposa.

—De acurdo, como tiempo tengo, me acompañas al establo y sobre la paja limpia, mi robusta polla en los veinte centímetros, conseguirá satisfacerte por completo, te explicare lo que he pensado hacer para que nuestro niño, tenga una Hada Madrina, apreciada querida Concha —se desnudaba sin perder un solo segundo, potente como saltaba al exterior su polla, no iba a dudaba tampoco un segundo, en follarse satisfactoriamente a su desvergonzada esposa.

—No vaciles, en expulsar a presión el semen bien dentro de mi abrasadora y empapada vagina, al ser mi día de suerte, querido Miguel.

—Lo tenía en cuenta, querida Concha.

Amasándole frénicamente sus hermosísimas tetas y gordísimos pezones, le demostraba una vez más, que respondía como un poseído follándosela con movimientos firmes y seguros hasta provocarle su deseado y caudaloso orgasmo y, abrazándole la espalda con sus amplias piernas, obediente expulsaba a presión el semen de su copioso éxtasis dentro de su abrasadora y empapada vagina y, luego, reclamándole más placer Concha, no le impedía que se volcara a sodomizarle su voluptuoso culo con violencia de hombre superdotado a 30 años y, llamándole degenerado cabrón a su esposo, balanceaba sus voluptuosas nalgas al encuentro de las profundas embestidas follándosela por el culo Miguel, todo un campesino cumpliendo con las necesidades de su morbosa esposa, en su caudaloso orgasmo anal, le pedía disculpas por su comportamiento de Doncella y cortesana.

—Te he comprendido y, lo acepto porque sé que lo necesitáis, las mujeres fuego para sentiros completamente satisfechas y, creerme que un día de estos, que no consiga satisfacerte por completo mi robusta polla, será la del burro la que lo conseguirá, querida Concha —le daba a degustarle ansiosamente dentro de la boca, los distintos sabores que se concentraban en su palpitante polla.

—Mejor, no contestó, ya que lo aceptas, Miguel.

—Y, con respeto, a lo hablado, que piensas, Concha.

—Sí, ciertamente, también me parece bien y, me gustaría que una Hada fuera la Madrina de nuestro pequeño, Miguel.

No obstante, la idea era singular y difícil de realizar, sin ser descubierta la mentira, incluso llegó a sentirse nervioso y necesitó de los besos de su esposa, tratando de descubrir la realidad, le acompañaba las manos a acariciarle sus hermosísimas tetas y gordos pezones, continuando completamente desnudos los, se abrazaban fuertemente, creciendo en excitación su robusta polla y apretándose a su bajo vientre.

—Quisiera conocer, lo que realmente os ocurre, Miguel.

—Sí, será lo que tengo decidido, querida Concha —seguro el esposo, ofreciéndose otro beso interrogante—. Y, dentro del baúl, que se encuentra

debajo de nuestra cama, entre la ropa la bolsa con nuestros ahorros, me ayudaran a realizarlo como un Rey...

—Empiezo a comprenderos, querido esposo —estaba consiguiendo sus habilidosos labios, este distinto éxtasis dentro de su viciosa boca.

No le contesto y, después vestirse, salió corriendo con la bolsa de monedas de oro, ahorras de su duro trabajo de toda su vida, dispuesto a llevar acabo su descabellada idea de hacer, que la Hada Rosabel, engañada acuda a su humilde cabaña. Y, como necesitaba ropas igual a las de un Rey, se presentó en casa del comerciante de ropa de las más elegantes y, le vistió como si fuese un Rey, tomándole por loco el comerciante, pero como le pagó las tres monedas de oro, incluso le facilitó una Corona y un Medallón, sin valor como los que llevaban los Monarcas.

—No hay duda de, que parecéis ser todo un Rey, pero recordar que no estamos en carnaval, señor Miguel —bromeó el comerciante, bien conocido en todo el pueblo como, el hombre más serio.

Sin dar descanso a su caballo, que se había comprado con silla y todo lo demás, igual a un caballo de un Rey, galopando el resto del día hasta el anochecer, descubriendo a una reluciente Carroza tirada por cuatro caballos blancos, sin dudarlo un segundo, la recordaba como la Hada Rosabel.

—Sí, es la Carroza del Hada Rosabel y, ahora es el momento de actuar sin levantar sospecha, de mi singular y esplendida idea —mentalizaba algo inquieto Miguel.

Detuvo el galope de su caballo y cerca de la portezuela de la Carroza, para que la Hada Rosabel le pudiera ver y reconocerle como a un Rey, siempre cuidando sus apariencias de campesino, mandó detener amablemente la Carroza al Cochero que conducía los cuatro caballos pura sangre blancos.

—¿Qué os ocurre, Majestad? —preguntó la Hada Rosabel, abriendo la portezuela de la Carroza, sin darle importancia, que su túnica blanca le desnudara sus preciosas piernas más arriba de las rodillas.

—Escucharme con atención, Hada Rosabel —se lo pedía amablemente y sofocado el falso Rey, admirando todo cuento le permitía el pronunciado escote se la túnica blanca, de sus hermosas tetas hasta descubrir los rebeldes y altivos pezones, incluso le parecía ver que crecían en excitación.

Y, permitiéndole que ocupara asiento a su lado dentro de la Carroza, colocando su mano sobre la parte, que le desnudaba sus preciosas piernas la túnica blanca, le explicaba algo tan sorprendente, como casi tan imposible de creérselo la Hada Rosabel, aunque habilidoso como era excitando a las atrevidas Doncellas cortesanas, sin sorpresa alguna iba separando sus preciosas piernas la Hada Rosabel y, especialmente cuando sus dedos rozaron el vello, que cubría su excitadísimo jugoso sexo, descubriendo que le permitía masturbarle suavemente, corría la cortina de la portezuela de la Carroza y, sobres sus pies su combinación, bajándose los pantalones sabía cumplir como hombre superdotado Miguel y, luego, satisfecha sexualmente la Hada Rosabel, desvergonzada y caprichosa aceptaba aquel poco semen mezclado con su jugos orgásmicos dentro de la boca.

—Sí, aunque difícil algo he comprendido y, recorriendo el camino hasta vuestro Catillo a mi lado, sin confundir los hechos y despacio para que lo pueda comprender claramente todo, sabré vaciaros un poco más los pesados cojones, mis habilidosos labios y lengua —se lo pedía cautelosa, sujetándole sus gordos testículos para impedirle retirarse.

—Veréis, un mal Hechizo ha convertido mi Catillo en una humilde cabaña, Hada Rosabel —continuaba mintiéndole el astuto campesino, acompañándole la cabeza—. Y, ahora, ya nada tengo, aparte de lo que podría ofreceros dentro de vuestra habilidosa y viciosa boca...

—Nada de esto importa, pues yo haré que estéis de nuevo felices y, recuperaréis todo con la ayuda de mi Varita Mágica, Majestad —aceptaba que se fuera vaciando por completo dentro de su boca.

Una vez dentro de la caña la Hada Rosabel, la esposa del falso Rey, se quedó sin habla y paralizada, que se encontraba con solo la reducida combinación de tirantes, visibles sus hermosísimas tetas y mamando, su hermoso y radiante de ternura su niño.

—Qué lindo es el niño, así desnudito y mamando de vuestras hermosas tetas, pero me había parecido oír al hidalgo, que era una hermosa niña, hermosa como dos flores blancas y una roja —ofreciéndole el niño desnudito la madre, a los brezos de la Hada Rosabel, elevándolo al Cielo le concedió su primer don saludable por toda su vida, sin faltarle de nada para llegar a ser un Príncipe respetable y querido por su Reino.

—Sin duda alguna, fue un error del hidalgo —se adelantó a rectificar los verdaderos hechos, el falso Rey.

Así pues, la Hada Rosabel, les demostraba su generosidad de su corazón, y al momento se produjo el asombroso prodigio de su Varita Mágica y poder, devolviéndose todo cuanto había perdido, al falseado y astuto campesino, el niño vestido con una túnica azul, igual a la de madre, pero de tul y abierta por el centro, visibles sus hermosísimas tetas con los pezones gordísimos y, como había separado suavemente sus preciosos muslo, era donde se concentraba la mirada se su esposo y la del Hada Rosabel, ya que su jugosa y palpitante vulva, reclamaba placer, exhibiéndose prácticamente desnuda.

—¡Qué maravilloso es todo, Hada Rosabel! —se abrazaban y se ofrecían un prolongado beso en los labios, las manos de la Hada Rosabel, sujetándole suavemente su voluptuoso culo bien desnudo.

A continuación, la Hada Rosabel, derramó de un frasco de misteriosos perfumes sobre por todo el espacio, a la vez que aseguraba que sería todos felices y, les pidió a los padres, que le pudieran de nombre al niño: Ricardo. Luego, ofreciéndose otro beso en los labios ellas dos, no le molestaba a Concha, que le acariciara unos segundos entre sus preciosos y separados muslos, los habilidosos dedos de la Hada Rosabel, incluso que los moviera en círculo en una suave masturbación hasta mojárselos los jugos orgásmicos.

—Sí, todo lo hacéis maravilloso, Hada Rosabel.

—De desearlo, podéis devolverme este maravilloso deslice, Concha.

—Desearlo es poco y, serán mis gorditos labios y mi lengua los, que os provocarán un caudaloso y satisfactorio orgasmo, Hada Rosabel.

—Mucho mejor, desnudas por completo las dos, Concha.

—Sobre mi cama, o bien, sobre la paja limpia del establo, Hada Rosabel.

—Lo dejo a vuestra elección, Concha.

Naturalmente, satisfecha la Hada Rosabel, se alejó del Catillo en su Carroza, tirada por los cuatro caballos blancos, para seguir haciendo el bien, en aquellos que la necesitaban de distintas maneras y, sobre todo, sería el Hada Marina del niño de nombre Ricardo. Sin embargo, desde este engañado momento, el matrimonio se encontró arrepentidos, por lo que les